



"Nuestro país tiene que acentuar su presencia en la Antártica."

—El feliz término del diferendo austral, ¿podría ser tomado como una lección a la diplomacia, sobre la forma como se deben solucionar las controversias?

—La solución del conflicto austral entre Chile y Argentina es, a mi entender, una de las maravillas de la diplomacia contemporánea.

"La labor del mediador, su prestigio y sabiduría, por supuesto fueron decisivos en el resultado; pero también lo fue la cooperación prestada por las partes mismas. Creo que la solución de este conflicto es un caso clásico de una tarea diplomática que consiguió preservar la paz como una gran lección."

—Comúnmente se piensa que los diplomáticos tienen que hablar siempre con eufemismos y en ocasiones ocultar la verdad...

—No estoy de acuerdo. Un diplomático tiene que hablar con buenos modales, con mucha psicología y respeto, y en determinados momentos, también, con mucha firmeza. No todo es agradable, como se piensa, en la vida diplomática. De hecho, el grueso de la gestión es incómoda: porque es el planteamiento, ante la cancillería del otro país, de los intereses nacionales. La eficacia de cualquier negociación requiere de la confianza mutua y de la lealtad, amén de la defensa de los intereses particulares.

"A veces, un diplomático tiene que callar las cosas, pero no es de la esencia de su labor no decir la verdad o disfrazarla."

Paulina Méndez ■

JAIME GUZMAN

El desparpajo de la hipocresía

En una entrevista de prensa difundida la semana pasada, la dirigente comunista y consejera nacional del MDP, Fanny Pollarolo, declara que "el Frente Patriótico (Manuel Rodríguez) no es del Partido Comunista", añadiendo que "eso se sabe, se ha dicho una y otra vez". Acto seguido, eso sí, ella justifica el violentismo terrorista que dicho grupo despliega, aduciendo "son las formas que se van dando bajo lo que nosotros llamamos expresión de rebeldía de un pueblo que no puede seguir sometido a la situación de hambre colectiva".

Uno de los argumentos más socorridos para impugnar la proscripción legal del Partido Comunista y demás agrupaciones totalitarias, consiste en que resultaría supuestamente mejor tener a tales colectividades "sentadas a la mesa y no ocultas debajo de ella".

Es tan incuestionable la esencia totalitaria del marxismo-leninismo, que nadie puede seriamente desconocer el carácter antidemocrático de sus fines.

El dirigente José Sanfuentes se encarga de recordárnoslo en otra reciente entrevista, al decir que "la dictadura del proletariado es un concepto doctrinario que los comunistas mantenemos firmemente".

Asimismo, el recurso a la violencia como método de acción política se encuentra tan ligado a la doctrina marxista-leninista, que tampoco cabe ignorar los rasgos antidemocráticos de sus medios.

Baste rememorar la impudicia con que Luis Corvalán reconoció, en 1977, que cuando —entre 1956 y 1973— el Partido Comunista asumió oficialmente en Chile la denominada "vía pacífica", lo hizo entendiendo que "se trataba sólo de una posibilidad y que... en algún momento podía surgir la alternativa de la lucha armada". Agregó Corvalán que, para esta última hipótesis, los comunistas "intensificamos la preparación combativa de aquellos militantes que ya trabajaban en este frente y los pertrechamos de algún armamento". Todo ello —lo subrayo— reconoció por él respecto de etapas bastante



anteriores a 1973.

Ahora bien, frente a tan macizas evidencias, surge la invocación pragmática de que sería preferible no reducir al Partido Comunista a la clandestinidad, a fin de que dichas agrupaciones se vean obligadas a actuar a la faz pública. Se supone que así recibirían el repudio popular, mientras su proscripción legal —junto con presentarlos como "víctimas"— los obliga, en cambio, a recurrir a los caminos más peligrosos de la violencia subversiva clandestina y de la infiltración en otros partidos.

Estimo que este enfoque encierra una grave falacia, porque *aun cuando el comunismo sea legalizado*, jamás abdicará de su acción clandestina violenta, bajo siglas o grupos con los cuales finja independencia y hasta rivalidad, según tácticamente le conviniere. Y siempre procurará también infiltrar a los partidos democráticos, como en la década del sesenta lo hiciera con la democracia cristiana y el radicalismo chilenos, a los cuales arrebató oportunamente las fracciones suficientes para hacer triunfar, en 1970, a Salvador Allende.

Lo anterior se reedita hoy cuando los comunistas enuncian la peregrina tesis de que el "Frente Manuel Rodríguez" no pertenece al Partido Comunista, en circunstancias de que éste lo respalda y Chile entero lo individualiza como su brazo armado. O cuando los mismos comunistas convocan a la "unidad opositora" para conquistar "la democracia" y seducen a la dirigencia demócrata-cristiana en la denominada "asamblea de la civilidad".

Al empezar a sentirse "sentados a la mesa", por la inexplicable demora gubernativa en darle plena operatividad a las proscripciones jurídicas consagradas en el artículo octavo de la Carta Fundamental, el comunismo ya demuestra que nunca renunciará a actuar *además* por debajo de la mesa. Constreñirlo sólo a ello no basta para derrotarlo, pero ciertamente contribuiría decisivamente a tal propósito.